

El curioso mundo de la

■ La consigna es transformar desechos en valiosas colecciones. Para ello, la clave está en saber recolectar y clasificar. En el coleccionismo del nuevo milenio —que puede ser visto como ridículo, terapéutico o fascinante— los boletos de micro llevan la delantera.

Mario Martínez extrae de su billetera una tarjeta de presentación en la que, además de su nombre, se lee: "Agrupación boletofílica metropolitana". Tal organización no existe y él lo reconoce sin vergüenza, soltando una carcajada. Tuvo que inventarla para no generar desconfianza en los choferes de micro cada vez que se sube a una de ellas y desea pagar más de un pasaje, aun cuando viaja sin compañía.

Mario practica la "filatelia de los pobres" desde hace un par de años, es decir, es un obsesivo coleccionista de boletos de transporte público. Cada vez que puede se sube a una micro con el único objetivo de rescatar boletos nuevos para él y sus amigos "boletofílicos".

"Tengo miles de boletos de los recorridos de Santiago y regiones, pero los antiguos son los que más me vuelven loco, los de tranvía o carros de sangre", afirma Mario, quien ordinariamente trabaja en un servicio de enfermería privado. Junto con él, un heterogéneo grupo de personas se da cita los sábados en la tarde en la casa de la Juventud de Recoleta para compartir lo que todos coinciden en llamar un "hobby" que les nació de manera espontánea.

EL GRUPO se conformó hace cuatro años, luego que algunos de sus integrantes se toparan frecuentemente en el persa Biobío, lugar donde se instalan algunos comerciantes a vender boletos y otras chucherías a precios módicos. De ahí surgieron tímidas conversaciones y trueques en torno a una afición compartida que más tarde desembocó en la constitución

informal de un colectivo. Desde médicos hasta escolares hay en el grupo de coleccionistas, los que también juntan llaveros, cajas de fósforos, tarjetas telefónicas y billetes de "raspe", entre otras cosas.

Héctor Peñafiel tiene 35 años y lleva doce coleccionando boletos de transporte público: "Empecé

con 15 ó 20 boletos que me regalaron y dejé guardados. Después, curioseando en una de esas cajas donde se juntaban boletos para aportar con una silla de ruedas, encontré cosas más bonitas, boletos de provincia que me llamaron la atención. Ahí comencé a tomar esto más en serio".

Chofer de una línea de colecti-

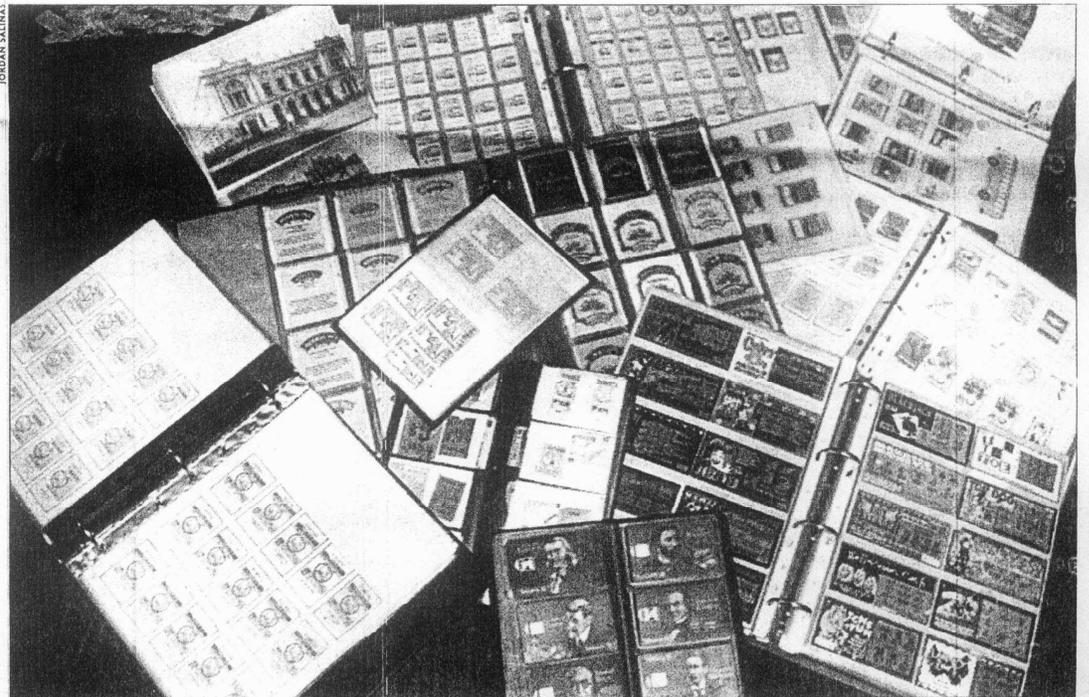
vos, Héctor asegura tener más de cuatro mil boletos diferentes y casi la totalidad de los de micros de Santiago de los últimos 20 años. En impecables hojas originalmente destinadas para el archivo de diapositivas él mantiene clasificada su colección. A veces el criterio de organización es la antigüedad de los boletos, en otras el diseño, los colores o incluso —homologando un recurrente criterio de los filatélicos— las fallas de impresión:

"Este es una joyita", comenta al exhibir un boleto que lleva inscrito "Maxpú" en vez de Maipú. Luego muestra otro cuya historia es insólita: "Este es un boleto de una micro pirata que hacía el

recorrido Nos-San Bernardo. El chofer producía sus propios boletos en papel, fotocopiados".

LA OBSESIÓN por la "colección completa" y la delicadeza y criterio estético que colocan estos coleccionistas al clasificar los miles de boletos que poseen, han llamado la atención de la gente. Pedro Guzmán de 60 años y funcionario de una empresa de transportes, cuenta que hace tres años los "boletofílicos" participaron en una feria cultural en la estación Mapocho: "Fuimos top ten" —afirma—. "Éramos el único stand que siempre tenía público".

Pedro asegura que tal éxito se debe al cuidado con que presen-



Aparte de los boletos de micro, cada coleccionista dedica su tiempo libre a recolectar otros objetos. La imagen es una buena muestra de la diversidad de "papeles" que se transforma en la pasión de los boletofílicos.

“filatelia de los pobres”

tan las colecciones, lo que modifica sensiblemente la percepción que se puede tener de un puñado de diminutos papeles de colores. Doce gordos álbumes de boletos exhibe con orgullo, fruto de siete años de coleccionismo. El es uno de los más experimentados del grupo que se reúne en Recoleta y tiene un discurso resuelto cuando se le pregunta sobre las motivaciones que hay detrás de esta afición: “Esto es un hobby. Es una especie de terapia de grupo que se funda en el compartir. Yo, como los demás, puedo estar horas enteras viendo boletos y no me aburro ni me canso. Además, me olvido de los problemas”, afirma.

Entusiasmado con la pregunta, Pedro incluso aventura una comparación que deja mal parada a la filatelia clásica: “Aquí no hay envidia ni competencia” – asegura-. “Los boletos se comparten si es que hay más de un ejemplar. Es lo que nos diferencia de quienes coleccionan sellos de correo. El filatélico compra no más. Y si tiene dos sellos iguales rompe uno para que nadie más lo tenga. Es muy personalista”.

LA INCIPIENTE organización de los “boletofílicos” los ha llevado a tomar contacto con las imprentas que fabrican boletos en la Región Metropolitana, como Jormar y J. Mora. Aquí consiguen pliegos sin foliar y primicias llamativas. Además, han estrechado lazos con los coleccionistas de Valparaíso, cerca de quince personas con las cuales –curanto de por medio– intercambiaron boletos hace unas semanas.

Niños y viejos confluyen en este pasatiempo, todos ellos en busca de un nuevo ejemplar que engalane sus archivos y transfigure lo que antes era desecho. En palabras del fallecido filósofo alemán, Walter Benjamin, es esto –la adquisición que realiza el coleccionista– lo que permite la resurrección del objeto, su salida del anonimato: “Renovar el viejo mundo –afirma Benjamin–, ese es el impulso más profundo que anima el deseo del coleccionista de adquirir nuevos objetos”.

TODOS LOS TEXTOS:
PABLO MORALES



Los coleccionistas se reúnen todos los sábados en la casa de la Juventud de Recoleta para compartir su hobby y sus nuevas adquisiciones.

Secretos y curiosidades en torno al coleccionismo

Los mercados persa, el fracaso de los cobradores automáticos y la masificación de internet son factores que potencian el coleccionismo.

- Hasta hace un poco más de tres años los boletos de micro eran producidos por la Casa de Moneda de Chile. En 1964 la institución tomó bajo su responsabilidad la fabricación de éstos, en el marco de un catastro realizado al transporte público del país. Hoy los boletos han vuelto a ser confeccionados por empresas privadas.

- Desde hace siete años que en el persa Biobío, baúl gigantesco de curiosidades, se pueden encontrar comerciantes que ofrecen boletos de micro. Mil pesos puede costar una bolsa que contiene 100 boletos distintos, una buena compra para comenzar una colección.

Los sábados en la mañana acostumbra llegar la mayor cantidad de vendedores y es cuando se producen los intercambios entre coleccionistas.

- El fracaso de los cobradores automáticos instalados en los microbuses de la Región Metropolitana tiene contentos a los “boletofílicos”, sobre todo a aquellos que atesoran boletos por su diseño y colorido.

- Como sucede con las estampillas o sellos postales, los boletos de transporte público pueden contener información acerca del lugar de donde provienen gracias a su diseño. Pedro Guzmán tiene uno antíguísimo en el que aparece la famosa catedral de Chillán, el que además destaca por las evidentes fallas en la representación: la cruz que corona el edificio está

en el lugar equivocado –a la izquierda– y aparece adosada a uno de los muros de la iglesia.

- A Paulette Pontigo, diseñadora de 26 años y coleccionista de boletos desde hace cuatro, le han ofrecido hasta 10 mil pesos por un boleto escolar antiguo. Una suma nada despreciable por un pedazo de papel que en principio costó unos cuantos escudos.

- “Doblete” le llaman los iniciados al ejemplar coleccionable constituido por boletos “siameses”, unidos en sus extremos. El “doblete” es aquél que debe su existencia a quien pagó su pasaje y el de su acompañante, y que recibió a cambio “dos boletos en uno”.

- De manera similar a los sellos postales, un boleto de micro es

mejor valorado cuando tiene todos sus dientes en las orillas.

- El coleccionismo puede expandirse también hacia otros artículos. En el grupo de Recoleta hay además aficionados a los llaveros, servilletas, hojas de afeitar, envases de té, cajas de fósforos, tarjetas telefónicas y entradas para espectáculos, entre otras cosas.

- La aparición de internet ha favorecido el intercambio y compra de artículos de colección a nivel mundial. El grupo que se reúne en la casa de la Juventud de Recoleta proyecta la pronta aparición de una página web para facilitar el intercambio y ponerse en contacto con otros coleccionistas. Mientras tanto, los mejores centros de reunión siguen siendo la mencionada casa (Recoleta 3003) y el persa Biobío.